

William Ramírez Tobón

## Estado, Violencia y Democracia

Bogotá, Tercer Mundo Editores e Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, 1990.

El libro "Estado, Violencia y Democracia", del sociólogo y novelista William Ramírez, está escrito con estilo elegante, ágil y vivo que le permite examinar, con un interés permanente para el lector, desde los complejos problemas de la teoría contemporánea del Estado, hasta las cambiantes relaciones entre algunos de los actores más relevantes del proceso de violencia y paz, registrado en Colombia en la última década.

Si bien, lo que predomina en "Estado, Violencia y Democracia" es el examen de sucesos y fenómenos de la más rigurosa actualidad, ello no supone el habitual desvío de toda consideración de índole teórica que, como reacción tal vez a ciertos excesos intelectualistas de los años setenta, aparece como cuestión de "buen tono" entre muchos analistas de nuestro acontecer actual. De este modo, William Ramírez comienza su libro con un denso y meditado ensayo en el cual busca una conceptualización del Estado en la sociedad capitalista contemporánea. El examen y asimilación crítica de la teoría marxista contemporánea del Estado, le sirve aquí al mencionado ensayista para establecer un referente general que señale un marco de posibilidad, que le permita precisar los límites y las tendencias generales en que se mueve el Estado colombiano, propio de una formación capitalista periférica. De este modo, el rico análisis llevado a cabo por el autor, de "situaciones concretas", adquiere un marco comprensivo, lo que no implica, de ningún modo, que prejuzgue la estimación y valoración de las fuerzas sociales y políticas, que en su choque, negociación y convergencia, le confiere carne y sangre a sus ensayos.

En los capítulos posteriores, su análisis se mueve en dos niveles. El primero es el de la consideración de algunas políticas del Estado colombiano, a través de las administraciones presidenciales de Belisario Betancur y, especialmente, Virgilio Barco. En el otro, Ramírez analiza detenidamente algunos de los actores de la violencia política en el país, materializados en los diversos grupos guerrilleros que han tenido expresión en la presente década, de modo especial las FARC, el M-19, el ELN y el EPL. Es esta parte, a nuestra manera de ver, la más rica, sugestiva y sustentada empíricamente, de su estudio.

Para entender estos fenómenos de la violencia política en Colombia, sus condiciones de emergencia y persistencia, las modalidades de legitimación de sus actores, sus idearios y proyectos, sus numerosas contradicciones, así como el ámbito social en el cual se han movido, especialmente en el último decenio, nuestro autor utiliza de modo flexible y sugerente conceptos que aparecen como una propuesta novedosa para el análisis politológico colombiano, como son principalmente los de "colonización armada", democracia "inclusiva" y "exclusiva" y Violencia "para la participación" y para la "sustitución social". Estos conceptos centrales, ejes articuladores entre su consideración teórica del Estado, su análisis del régimen político colombiano, y su examen de las políticas de las últimas administraciones presidenciales y del actuar de los principales grupos guerrilleros que han tenido presencia en la Colombia contemporánea, constituyen en nuestra opinión un sustantivo aporte a la comprensión de la sociología política nacional.

El concepto de "colonización armada", que ha hecho carrera en nues-

tos círculos académicos, hace referencia a aquel singular proceso histórico, vinculado a la constitución de las FARC, el cual hunde sus orígenes en las agudas expresiones de la violencia de los años cincuenta. Allí aparecen "engastados dos ejes: primero, el de la descomposición campesina, por la vía de la violenta expropiación terrateniente; segundo el del esfuerzo de recomposición del mismo campesinado, por la vía de la violencia defensiva", (p. 65). Vinculando la conformación de la más antigua guerrilla colombiana (y latinoamericana) a un proceso de expropiación violenta de sectores campesinos y de lucha defensiva de éstos, influenciada por el Partido Comunista, Ramírez lleva a cabo una caracterización de este grupo guerrillero en las dos primeras décadas de su existencia, hasta los comienzos de los años ochenta, explicando su territorialidad particular, el carácter predominantemente campesino de su militancia y sus bases de apoyo, su descoordinación en varios frentes y su específico ideario político movilizador.

Pero la historia de la evolución de un concepto, no es ya responsabilidad de quien fue su acuñador. En efecto, entre algunos estudiosos de nuestro acontecer agrario contemporáneo, la "colonización armada" ha desbordado los marcos espaciales y temporales para los que tendría operancia explicativa, en las ciencias sociales colombianas. No creemos traicionar el pensamiento de Ramírez, cuando afirmamos, en polémica frente a la aplicación indiscriminada de este concepto a regiones y períodos ajenos al marco que le confiere su rica concreción hermenéutica, que "la colonización armada" corresponde en lo fundamental a una fase histórica específica del proceso colonizador colombiano, que también tendería

a coincidir con un radio geográfico definido. (Jaime Eduardo Jaramillo, Leonidas Mora, Fernando Cubides, *Colonización, coca y guerrilla*, Alianza Editorial Colombiana, Bogotá, 1989, tercera edición, p. 110).

Por lo demás, es William Ramírez quien hace el análisis más detallado y convincente que conocemos, acerca de la evolución político-militar e ideológica de las FARC, a partir de su séptima conferencia, celebrada en 1982. La tregua pactada con el gobierno de Belisario Betancur, los diversos avatares que llevaron a su ruptura y la ambivalencia posterior de las mismas FARC, hasta el momento presente, entre el impulso a la violencia para la participación social (compatible con los marcos democráticos-burgueses), y la violencia para la sustitución social, son examinados de manera desapasionada y analítica. La transformación ideológica y político-militar de las FARC se expresaría en su estrategia dirigida, ahora de manera explícita, a la "toma del poder", el desdoblamiento de sus frentes y la consiguiente extralimitación de su territorialidad campesina, las transformaciones en la base social de su militancia, la creación de comandos urbanos, la ejecución de actividades de sabotaje económico, etc. Todo ello desborda ampliamente la fase de la "colonización armada", propia de los años sesenta y setenta.

Cabría ahora referirnos en particular a los enriquecedores y polémicos análisis del autor sobre el M-19, en el capítulo 4: "La liebre mecánica y el galgo corredor" y en una de las partes del capítulo final, destinado a establecer un marco evaluativo para la comprensión del proceso de paz, bajo la administración Barco.

Aquí se pone a prueba la relación intervinculante que propone Ramírez entre violencia y democracia colombiana, planteando la existencia de formas de violencia política, que antes que buscar la sustitución revolucionaria del Estado y del tipo de organización económica predominante, buscan ampliar los espá-

cios de participación social en el Estado colombiano. Es en este contexto, en el cual aparece la caracterización del "reformismo armado" representado por el M-19. Más allá de la espectacularidad efectista de sus acciones y del militarismo que acompañó buena parte de su existencia, nuestro analista sabe discernir las diversas etapas que marcan la evolución de este grupo, hasta su final incorporación dentro del actual sistema político colombiano. El clima transaccional impulsado en primera instancia, contra la incomprendición de muchos, desde la derecha y desde la izquierda, por el gobierno de Belisario Betancur, la carencia de un proyecto político estructurado por parte del M-19, aunado a sus debilidades militares, la muerte de sus líderes más propensos a una visión militarista e insurreccionalista, serían factores que condicionarían la evolución conocida de este grupo político-militar. La relativa facilidad con la cual, a pesar de su ostentoso militarismo de otrora, el M-19 lleva a cabo su transición hacia una organización política de masas, mostraría tanto el peso de su pasado populista como la pertinencia de la caracterización del reformismo armado, llevada a cabo por el autor del libro.

También es cierto, a nuestro ver, el señalamiento de las limitaciones tempranas del M-19 para definir una fisionomía política. "Nos encontramos -dice el autor- frente a una organización sin proyecto en sentido estricto, ya que su visión del poder y de su ejercicio eventual carecen de justificaciones adecuadas. En vez de ello, hay en su discurso global difusas perspectivas: una intención estratégica de toma del poder, una afinidad ideológica por un socialismo abstracto, una adhesión sentimental a los intereses del "pueblo" explotado. En las acciones de fuerza nos encontramos frente a un movimiento que privilegia lo militar y en el que lo político aparece como resultado imprevisto o es supuesto, sin mayores análisis" (p. 115). Ciertamente, se debe reconocer la importancia de la transformación ideológica del M-19, el valor civil de muchos de sus dirigentes y militantes para enfrentar su propia tradición guerrillera y la de

una buena parte de la izquierda colombiana, su sinceridad en la opción democrática que supone su transformación en movimiento partidario. Pero esa carencia original de un proyecto político orgánico y la subordinación permanente de lo político a lo militar o la sustitución de lo político por lo publicitario, señalados atinadamente por el autor, se expresan aún hoy en día como un pesado lastre, en su manifiesta dificultad para definir un perfil autónomo como "tercera fuerza", frente a la izquierda tradicional y al bipartidismo colombiano.

En "Estado, Violencia y Democracia" William Ramírez reivindica un género literario muy especial: el ensayo, el cual ha tenido cultores particularmente afortunados entre muchos de los más relevantes intelectuales hispanoamericanos, desde el siglo XIX. El género ensayístico se presta de modo especial para conjugar una dimensión reflexiva y una dimensión estética, adecuándose a un tipo de argumentación expositiva: sugerente, polémica, abierta, diferente de la monografía científica, tanto como de la literatura de ficción. Y en el caso del libro que comentamos, la modalidad del ensayo se adecúa particularmente a las dos caras de la actividad intelectual de su autor, que conjugan al sociólogo y el artista. Se vincula así a un tipo de estructura expositiva que parece retomar del género periodístico la capacidad de manejar con soltura una información actualizada y el sentido de la oportunidad; de la escritura científica la densidad conceptual, la ecuanimidad y la búsqueda de comprobación de cada una de las afirmaciones empeñadas, y del lenguaje literario la riqueza del estilo, que sabe evitar la jerga especializada y el epíteto, que como una peste infician tanta escritura política en nuestro medio.

William Ramírez hizo parte activa de una generación que vivió la política como una pasión y una forma de vida, con exceso emotivo y muchas veces con actitud exaltada, pero siempre buscando que ella fuese "labor civilizadora y de servicio público", tal como pedía Alfonso Reyes, de la actitud del intelectual latinoamerica-

no. Alejado ya, en su madurez, de los dogmatismos y las ilusiones mesiánicas, Ramírez no descree del elemento crítico y propositivo que se hallaría entre los “deberes de la inteligencia” para usar la expresión de otro pensador hispanoamericano: Aníbal Ponce. Por ello mismo, en su texto hay una posición política inconforme y realista al mismo tiempo. Ella le permite afirmar:

“La violencia colombiana no es, por tanto, una aberración de nuestra democracia sino más bien una forma consustancial de ésta. No es una aberración..., es su dinámica, su forma de desarrollo y funcionamiento. En el régimen político exclusivo propio de la democracia colombiana anida, como virtualidad siempre presente, el acto de la violencia social y política para franquearle a los excluidos el estrecho campo de representación del Estado” (p. 108).

Con todo, esta afirmación no supone adherir a aquellas posiciones maximalistas, militaristas y, en el fondo,

profundamente antidemocráticas, que predicarían un estado de insurrección armada permanente, soñando con una apocalíptica toma del poder, no importa si ella se realizará sobre un país en ruinas, material y espiritualmente.

“En todo caso –afirma– valdría la pena reconocer que la expectativa de guerra civil, de enfrentamiento total y antagónico entre las clases, no es más que una ilusión alimentada por el mito catastrofista de cierta izquierda. O un recurso de terrorismo psicológico de la derecha para legitimar sus propuestas autoritarias” (p. 110).

Por ello mismo, en relación con los últimos desarrollos del proceso de paz en nuestro país, el autor no puede menos que saludar los acuerdos que han culminado con la incorporación de algunos grupos guerrilleros a la –quien puede negarlo– “imperfecta” democracia colombiana. Pero si la política es el arte de lo posible, y esta parece ser una

consideración que subyace a todo el libro en mención, vale para finalizar esta reseña crítica, citar las palabras conclusivas de “Estado, violencia y democracia”, a la vez advertencia y esperanza condicionada de un futuro más promisorio y afirmativo para la nación colombiana:

“Para ser durable, esta convivencia debe, por supuesto, entenderse como el resultado de un pacto entre intereses divergentes, y aún contrapuestos, lo suficientemente dinámico como para permitir la recepción de la gran mayoría de los beneficios sectoriales y evitar el imperio de unos cuantos de ellos sobre los demás. Mientras ello no ocurra, nada de lo logrado para superar el problema de la guerrilla, por espectacular que sea, podrá asegurar el desenvolvimiento profundo de la democracia” (p. 286).

**Jaime Eduardo Jaramillo.** Sociólogo, profesor de la Universidad Nacional.